



THEON O SOBRE
LOS DIOSES

Julien Courcier Cortegoso

THEON O SOBRE
LOS DIOSES



Primera edición: noviembre de 2024

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Julien Courcier Cortegoso

© Ilustración portada: Olivier Courcier Cortegoso

ISBN: 978-84-10400-82-5

ISBN digital: 978-84-10400-83-2

Depósito legal: M-24922-2024

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A la humanidad,
para que se convierta en divinidad*

CAPÍTULO 0:

EL TODOPODEROSO UNO

En primer lugar existió Caos. Una hendidura infinita en el inmenso vacío en la que lo material y lo inmaterial, lo real y lo irreal, colapsaban sin orden ni sustancia tratando de imponerse lo uno sobre lo otro. Nada existía de cuanto conocemos porque todo cuanto podríamos imaginar existía al mismo tiempo.

—Uno —dijo con gravedad una voz, y aquella palabra reverberó por toda la existencia otorgando forma y conciencia a Dios—. ¡Hágase el Orden! —exclamó entonces desde el centro de la creación, y la tierra se separó del cielo así como lo que es de lo que no. Ya no permanecieron juntos ninguno de los elementos. El Uno delineó los confines del mundo y delimitó la vastedad del universo. Creó una luz grande y cálida para nutrir los días y una menor para gobernar las noches. Dio lugar a la vida en los mares y engendró montañas, ríos y bosques.

Concebido el mundo, dio lugar a la raza humana para que lo sirviese y alabase. Dispuso un millar de reinos so-

bre la faz de la Tierra y en cada uno, igual a sí mismo, un hijo y rey. Nadie ha existido ni existirá jamás que pueda encarnar tamaño poder sino sus legítimos descendientes. Nadie puede gobernar ni de forma más eficiente ni más justa, pues es la voluntad del Único la voluntad del Uno, y no existen sin el otro porque son exactamente el mismo Ser.

Tales son las palabras que fueron talladas en las puertas de palacio tiempo ha, y sabemos que son verdaderas porque las mentiras pertenecen al Caos y a sus falsos dioses. La Verdad es Orden. El Orden es el Único. El Único es el Uno y el Uno, la Verdad.

CAPÍTULO 1:

DE LILITH Y LAS DIOSAS

Los últimos rayos del día teñían de rojo la ciudad de adobe. Las calles, cada vez más muertas, guarecían solo a borrachos, soldados, ladrones y prostitutas. En el cielo, la oscuridad se disponía a devorar las nubes y dibujar la titilante luz de un millar de estrellas. Las aguas del río fluían silenciosas, separando las salvajes tierras de los dioses de la ordenada civilización del Único. Las palmeras se curvaban mecidas por el viento. En palacio el rey compartía el lecho con sus concubinas y sus servidores cerraban las puertas. La noche invadía Mukkonos, la ciudad de los mortales.

En una de las casas que daban al río, una joven leía un papiro en la ventana de su dormitorio a la escasa luz que quedaba. Estaba arrodillada sobre un cojín de lana hacia el patio que la vivienda compartía con la vecina. Comía dátiles mientras estudiaba el escrito y murmuraba cada poco el producto de sus pensamientos.

Su nombre era Lilith. Los cabellos morenos le caían sobre los hombros y contrastaban con la piel más clara,

consecuencia del tiempo que pasaba encerrada leyendo. Sus ojos ámbar, brillantes, despedían ávida curiosidad.

Llevaba ya un rato analizando el texto, que hablaba de por qué el Único había escogido el agua como origen de toda forma de vida, cuando la ventana de enfrente se abrió y un joven, algo mayor que ella, hizo aparición. Este, sentado a horcajadas en la ventana, acariciaba con sus dedos las cuerdas de una lira. En las sombras solo se distinguían sus marcados pómulos y su corta barba castaña.

El chico inspiró lentamente, con los ojos cerrados, disfrutando del silencio nocturno. Exhaló de la misma forma una bocanada de aire y observó el viejo sicómoro que crecía en aquel patio. Lilith se quedó completamente callada e inmóvil, estudiándolo desde la penumbra. Él tardó un poco en darse cuenta de su presencia pero cuando lo hizo la escudriñó unos segundos. Luego sonrió, inclinó un poco la cabeza en señal de saludo y continuó acariciando su instrumento. Lilith bajó la vista de nuevo al papiro. Él suspiró largamente y tocó la primera nota, una aguda y sutil para romper el silencio. En ese instante ella dejó el papiro en el suelo y se apoyó sobre sus brazos. Arqueó las cejas, juzgadora, y cerró los ojos a la espera de la música.

Con cierta parsimonia comenzó a tocar una melodía. No sonaba especialmente fuerte pero las notas se percibían con total claridad. Aquellas dulces y altas notas revelaron a la muchacha las constelaciones del cielo. De las agudas pasó a las graves y comenzó un rítmico tam-

borileo con una de sus manos. La melodía evocaba para la joven el trotar de unos caballos bajo aquella bóveda estrellada y algunas notas apenas rozadas por los dedos, recordaban la arena danzante del desierto. Unos acordes fueron el bosque y la luna y los lobos. También fueron los lugares más sombríos y el sol, elevado, siempre deslumbrante. Él tocaba y le contaba a Lilith una historia sin palabras. Entonces, igual que había empezado, la sinfonía terminó abruptamente. En cuanto la última nota dejó de vibrar, aferró la lira contra su pecho y tras sostener unos segundos una tensa mirada con ella entró de nuevo en la habitación.

Lilith entró también, se tumbó sobre su cama, un catre de cañas sobre el que reposaba un saco de plumas, y se dedicó a meditar en silencio acerca de aquella extraña canción. Ningún aedo que ella conociera dominaba de igual forma aquel arte. Pero... ¿por qué no la había terminado? ¿Acaso no había creado un final para aquella melodía?

Al otro lado del patio, en la casa vecina, el chico se tumbó sobre un montón de cojines y contempló la estancia. Una gran alfombra se extendía en el centro de la habitación. A uno de sus lados estaban los cojines y la ventana, a otro, cuatro taburetes y un gran brasero que dejaba escapar nubes de ascuas. De la esquina contraria, sumida en sombras, manaba una pesada columna de humo provocada por un incienso púrpura. Delante de esta, se recortaba la figura de un hombre que meditaba con las piernas cruzadas.

—¿Has terminado ya de componer, Samael? —dijo sin molestarse en abrir los ojos.

—En efecto. ¿Has terminado tú con tus contemplaciones?

—Sí.

—¿Qué quieres hacer?

—Esta noche los dioses podrían salir a dar un paseo.

El hombre salió de las sombras y se acercó a la alfombra, donde se volvió a sentar en la misma posición pero en dirección a su compañero. A la luz del brasero ambos varones contrastaban perfectamente. Aunque compartían la misma piel cobriza de los lamidos por el sol, era aquella su única característica en común. Uno tenía barba, el otro iba pulcramente afeitado. Donde Samael tenía pequeños y gruesos labios, el otro hombre los tenía largos y delgados. Claros eran los ojos del primero, oscurísimos los del segundo. Los cabellos del músico caían en mechass castañas y los del pensador eran cortos y negros. Uno rehuía los silencios del mundo y el otro salía a diario a su encuentro. Donde uno hallaba personas llenas de luz, el otro hallaba mortales ilusos. Se diría de ellos que eran el día y la noche aun cuando en realidad ni tan siquiera el sol y la luna eran tan distintos... pero eran amigos y la amistad verdadera nunca ha conocido límite o frontera.

Aquel hombre de tez firme y mandíbula tensa, sentado de piernas cruzadas, le dirigía una maliciosa sonrisa a Samael. Por alguna que otra incipiente cana, debía sacarle algo más de una década a su compañero. Era el que se

hacía llamar Uriel, Rey del Silencio, buscado por toda la guardia de Mukkonos, incluida la guardia real.

Samael se irguió un poco intercambiando una mirada cómplice con él. Luego exclamó:

—¿Qué decís, chicas? ¿Los dioses salen de paseo?

Se escucharon unos besos y unas risas en susurros, antes de que entraran de la mano dos jóvenes. Una sostenía un cuenco de agua y un pedazo de tela, además de mirar a los dos chicos severamente; y la otra, indiferente, besaba y mordía su cuello.

—¿Eres consciente de que te buscan prácticamente todos los humanos armados de esta ciudad? —dijo la primera apartando con dulzura a quien la mordía.

—Eso solo le añade emoción al paseo, Mariam —afirmó Uriel riendo.

La chica frunció el ceño y se sentó sobre la alfombra donde comenzó a lavarse las manos concienzudamente. Tenía los cabellos castaños recogidos en un moño. Sus ojos verdes eran idénticos a los de su hermano Samael.

—De todas formas... No deberías asumir ese riesgo —respondió—. Ya has salido demasiadas noches.

La otra joven tenía la piel de un claro tono ébano y sus cabellos caían en largas trenzas sobre sus hombros. Sus ojos eran negros como el carbón y sus labios firmes, gruesos y oscuros. La llamaban Rahab, Hija de la Tierra.

—¿Todavía necesitas estudiar más el Palacio? —preguntó.

—Por supuesto. La información es fundamental para elaborar un buen plan.

Mariam negó con la cabeza, preocupada. Samael miró a Uriel con una mueca de impaciencia.

—¿Vamos a quedarnos discutiendo sobre seguridad?

—No —respondió Uriel levantándose—. Visto que las diosas no quieren asumir más riesgos... —añadió con un deje provocador—, ¿nos marcamos un dueto nocturno, amigo mío?

Rahab crucificó con la mirada a Uriel.

—¿No asumir riesgos? —inquirió—. ¿Nosotras?

Las diosas rompieron a reír.

—Queremos hechos, no palabras —respondió Samael con una pícaro sonrisa.

Mariam, divertida, tiró contra su hermano la tela con la que se había secado.

Y salieron de inmediato a avituallarse a su habitación.

Uriel salió de su dormitorio portando una lanza y un manto de lana negra. Samael, con un manto de lana blanca, llevaba cruzada a su espalda su espada, de hoja de bronce y mango de hueso. Poco después salieron las dos diosas. Mariam con un manto idéntico al de su hermano y sendas dagas plateadas colgando de su cintura. Rahab portaba un manto de piel de lobo, en una mano el arco y en la espalda, el carcaj.

Samael se detuvo en la penumbra, con una mano en el pomo de la puerta y sus perlados dientes brillando maliciosamente en la oscuridad. Un poco de luz de luna iluminaba su rostro, por un segundo esquelético y descarnado. Su voz gélida emergió de la ultratumba.

—Los dioses salen... —susurró tétricamente cubriendo su cabeza con la capucha—. La muerte sale a las

calles de Mukkonos... Y antes del alba se habrá cobrado sus respectivas víctimas.

Salieron a la calle y en las sombras treparon por unas viejas ruinas hasta los tejados de la ciudad que saltaban, observando el calmado movimiento de las calles desde las alturas.

Tres soldados borrachos jugaban a las tabas sobre un barril. Una manzana más abajo, una panda de muchachos mortales socorría a uno que vomitaba todo lo que había bebido. Doblando la esquina, en un callejón una prostituta y un anciano jodían. Varias calles más adelante, dos hermanos veían las estrellas en la ventana. Uno de ellos los señaló.

—¡Mira, mamá! ¡Son los dioses!

La madre hizo aparición y después de hacer entrar a los niños, miró preocupada a través de la abertura y la cerró con las cortinas de un tirón.

Unas manzanas más arriba una pareja joven se besaba a la luz de la luna.

—Ay, la pasión, néctar de la vida, pureza entre purezas —murmuró Samael.

Pero antes de poder añadir algo más, dos soldados que habían doblado la esquina los vieron saltar. Rahab asió el arco y lo tensó cargando una flecha. Se escuchó un silbido, un impacto, y uno de los soldados cayó con la garganta atravesada. Mariam lanzó su daga al segundo y la clavó en su pecho. Los gritos de alarma se ahogaron en el gorgoteo de su sangre con un desagradable eco.

Entonces, se separaron. Las diosas bajaron al suelo y con la sangre de los soldados, pintaron en el muro junto al que yacían sus cadáveres. Comenzaron a dibujar una caricatura del rey, fornicando con sus concubinas, gordo cual hipopótamo de tanto comer.

—Démonos prisa —dijo Mariam—. No quiero encontrarme más soldados.

—¿Y qué si los encontramos?

Mariam detuvo un segundo su trazo y miró molesta a Rahab.

—Ay, amor —dijo Rahab poniendo los ojos en blanco—, con lo indisciplinados que son tardarán en aparecer.

Mariam prosiguió con el dibujo frunciendo el ceño.

Al lado de la caricatura del rey pintaron la de unos niños raquíticos y hambrientos. Junto a sus tristes cabezitas escribieron una pregunta: ¿le importa al Único su pueblo?

Mientras las diosas pintaban, los dioses se alejaron saltando de tejado en tejado en dirección a palacio. Se detuvieron varias casas antes de la muralla que separaba la casa del Único del resto de la ciudad. Desde allí contemplaron el putrefacto corazón de Mukkonos. Se sentaron espalda contra espalda, mientras Uriel contaba soldados, buscaba puntos débiles en la fortificación y analizaba los turnos de guardia, Samael observaba la noche, la luna y las estrellas. Los dioses perdieron sus miradas en el infinito, en direcciones contrarias y pensamientos distintos. El Rey del Silencio imaginaba el palacio ardiendo y su lanza atravesando el corazón del Único, Samael, Guar-

dián de la Muerte, intentaba encontrar en el firmamento la Sinfonía.

—¡Dioses! —Se escuchó gritar—. ¡Han venido los dioses!

Un soldado llegó corriendo jadeante a las puertas de la muralla dando voces de alarma. Los dioses interrumpieron en el acto sus pensamientos y se irguieron para desaparecer. Mientras se alejaban, unos gritos de auxilio llamaron su atención. En la calle una joven forcejeaba con cuatro hombres que pretendían violarla. Uno, a sus espaldas, la agarraba de los brazos. Otro, delante de ella, la agarraba del cuello y apartaba su túnica. Los dos restantes contemplaban la escena aguardando su turno.

En el tejado, enfrente, aterrizaron Mariam y Rahab desenfundando sus dagas. Los ojos de ambas diosas desprendían fuego. Hubo un breve intercambio de miradas entre los cuatro y saltaron sobre el polvoriento suelo. Uriel degolló al primero que estaba de espaldas y que sonreía desde las sombras ante la desgracia de la joven. Samael rompió el cuello del segundo que reía sin escrúpulos. Los otros dos miraron a los dioses sorprendidos. Soltaron a la chica para desenfundar sus puñales pero ya era tarde. Mariam cortó el vientre del que estaba a punto de violar a la muchacha haciendo brotar sus intestinos y Rahab apuñaló en el pecho con todas sus fuerzas al último.

La joven, entre sollozos, con la túnica desgarrada, se abrazó a Mariam.

—Tranquila —le susurró la Salvadora al oído—. Ya está. Ya pasó.